

Jeffrey Browitt

Otoño en primavera – recordando a Carlos Monsiváis

University of Technology, Sydney

Jeffrey.Browitt@uts.edu.au

Fue con tristeza que recibí la noticia de la muerte de Carlos Monsiváis el 19 de junio de este año. La noticia se dio en muchos países ya que Monsiváis se había granjeado la admiración y la curiosidad de muchos intelectuales tanto dentro y fuera de América Latina. Padeció de fibrosis pulmonar y recurría a un tanque de oxígeno con frecuencia. Las causas de la fibrosis pulmonar son desconocidas, pero los expertos médicos sospechan el envejecimiento y no la creencia popular según la cual, en el caso de Monsiváis, se debió a los muchos gatos que colonizaban su casa.

Monsiváis fue el más brillante intelectual mexicano de la época posterior a los años sesenta, y era referencia obligatoria no sólo para la intelectualidad mexicana, sino también para la extranjera que seguimos de cerca las peripecias de América Latina. Era co-legionario de esa variante de la intelectualidad latinoamericana izquierdista ferozmente democrática y renacentista en su voluminoso saber de culturas tanto propias como ajenas. En toda su trayectoria intelectual brillaban su sentido del humor (lacerante cuando era cuestión de los que mueven las palancas del poder en México), su generosidad, su compromiso ético con cualquier causa contra la opresión, y su profundo amor por todas las manifestaciones de la cultura mexicana, desde las obras literarias más sofisticadas hasta la música y las artesanías populares. Era crítico mordaz del PRI (y después del PAN) y un agudo observador y cronista de los movimientos sociales y políticos. Durante los últimos 40 años trazó el mapa de las transformaciones fundamentales que la cultura mexicana

urbana experimentaba a través del siglo XX, es decir, desde el comienzo de la industrialización moderna y el crecimiento rápido y desordenado de la ciudad de México, pero especialmente desde los años sesenta. Nadie en México entre la clase intelectual ha podido comparar su habilidad con la de Monsiváis para tomar el pulso de esos cambios, especialmente en el área de la cultura. Siempre lo hacía con rigor e independencia intelectual y aunque era de la izquierda, rechazaba todo dogmatismo político. Estas son las cualidades que más admiraba yo en él. Es difícil hablar de Monsiváis sin caer en el clisé: es archiconocido su aporte a la intelectualidad mexicana y latinoamericana. Para los interesados, les remito al sitio web http://es.wikipedia.org/wiki/Carlos_Monsivais. El resumen de su vida allí es bastante bueno, aunque toca apenas una parte reducida de su producción intelectual y su importancia. Decir que yo era amigo de Carlos Monsiváis sería un abuso de la verdad –era no más un conocido entre centenares, quizás miles, pero él siempre me hacía sentirme apreciado. A continuación ofrezco unos recuerdos personales.

Monsiváis era quizás el hombre más público de México y más privado a la vez. Una vez me regaló una colección de seis de los libros escritos por él y en cada uno puso una dedicatoria, incluso en un libro que luego traduciría –*Nuevo catecismo para indios remisos*–, con los maravillosos grabados en color de Francisco Toledo y ahora con 50 fábulas en total. En esta segunda edición me escribió con característica ironía: “To live in isolation (in the small town of Mexico City) has its advantages.” Seguramente el retirarse a su casa materna le daba la oportunidad de digerir, meditar y escribir sobre todo lo que había absorbido cada día (que para Monsi significaba muchísimo). Lo conocí por primera vez en Australia en 1994. Fue invitado a dar una conferencia magistral en un congreso académico en Melbourne. Me acerqué a él después de su charla, me presenté y le conté que mi esposa colombiana había escrito su tesis de maestría sobre su *Nuevo catecismo*. De golpe, y con mi desfachatez australiana, declaré: “Quiero traducir al inglés el libro.” – “Bueno, a ver.” Con cautela y curiosidad me escuchó la propuesta y dijo que sí (aunque seguramente pensaba que era un loco entusiasmado sólo por el momento). Al igual que sus famosas crónicas, *Nuevo catecismo* reúne todas las cualidades que se admiran en él: su

ironía y sarcasmo, su abundante humor, su conocimiento profundo de la historia, su habilidad para hacer resaltar el detalle que ilumina el todo, y su destreza en hacer que el personaje prepotente se desconstruya a sí mismo. Si bien es primeramente un texto ficcional sumamente humorístico, hay moralejas de sobra en *Nuevo catecismo* y el mensaje es democrático. Las parábolas no sólo tratan el período colonial cuando la Iglesia Católica dominaba la vida social y espiritual, sino que remiten también a nuestra época contemporánea cuando los políticos, el clero, los empresarios y los profetas del neoliberalismo intentan ejercer su dominio sobre la conciencia de las clases populares: de los profetas desiertos vienen. El libro expone como el abuso del poder se plasma, de manera insidiosa y maligna, en la textura del lenguaje de los que mandan.

Paulatinamente empecé a traducir unas cuantas fábulas para usar en el salón de clase en mi universidad. Sin embargo, la vida intervino y no volví a la traducción completa por mucho tiempo. Además, no tenía prisa porque no había conseguido quién la publicara. Hacia fines de los años 90 reanudé el contacto con Monsiváis y reconfirmé mi deseo de traducir toda la colección de fábulas y publicarla. Él ya estaba más entusiasmado. a través de esos años intercambiamos unos cuantos emails (sus respuestas siempre escuetas) hasta que le di la noticia de que había traducido muchas, las cuales le mandé para su consideración. Aparentemente le gustaron aunque, como la esfinge, dijo muy poco. Un diplomático mexicano generosamente (y atrevidamente) me facilitó su número de teléfono privado y cuando estaba de paso por el DF en el año 2000, llamé a su casa: “Es tan amable, quisiera hablar con Carlos Monsiváis.” La persona que me contestó respondió: “¿Quién lo busca?” “¿De qué se trata?” Así siguió la conversación por unos momentos hasta que la voz se identificó: “Pos, soy yo, Carlos.” Así empezó una serie de encuentros a comienzos de los años 2000. Nos vimos brevemente en Washington en 2001 en el congreso de LASA (en ese inolvidable mes de septiembre cuando se dieron los ataques contra las torres gemelas justamente el día después del congreso). Le conté que había traducido más fábulas pero que necesitaba de unas pistas sobre cómo fue construyéndolas. Me dijo que leyera la Biblia versión Reina Valera y prestara atención a la dimensión lingüística –la extraordinaria prosa. Así lo hice.

No obstante, las tareas y acaso la indolencia me impidieron terminar la traducción de todo el libro. Unos años después andaba en otra universidad en Sídney con funciones que me permitían viajar a México cada año. Solía alojarme en el hotel María Cristina en el DF, cerca del Paseo de la Reforma, y cada visita intentaba encontrarme con él y hablar del proyecto. Siempre anunciaba mi llegada un par de días antes con una llamada telefónica a su casa y en el día señalado él aparecía de repente en el lobby del hotel, intenso (pero sonriente), muchos veces con manchas de café en la camisa y el pelo desordenado (un hombre sin pretensiones). Tomábamos café (su gasolina, junto con la coca cola) en el restaurante del hotel. Después de la charla se levantaba y de repente se esfumaba, deslizándose por la ciudad como un gato barrial.

Una vez, antes de verlo durante uno de mis viajes habituales al DF, me atreví a decirle que en la segunda edición del libro en español (que era la versión que sería traducida al inglés), había añadido un par de oraciones al final de la parábola “Las dudas del predicador” a manera de explicación de la moraleja y que no me gustaban porque sacaban las conclusiones por el lector, algo que el lector atento a la ironía no fallaría en captar. Además, le dije que Borges se habría horrorizado con eso. Bueno, silencio. El día que lo vi en el hotel nos sentamos a hablar y tomar café y estaba yo nervioso por el comentario impertinente. De repente me dijo: “Tienes razón – esas oraciones son innecesarias. Traduce la versión de la primera edición.” ¡Qué alivio! Esperaba el equivalente de una bofetada verbal (Monsi tenía la reputación de ser un hombre espinoso –y lo era a veces– además de no tolerar estupideces). Le dije que buscáramos publicar el libro con *Duke University Press*. De acuerdo. No obstante, y después de muchos esfuerzos, el redactor general dijo que no, que el libro no se vendería fácilmente (y tenía razón). La próxima vez que nos encontramos por allí en 2004 o 2005, Carlos me contó que había conseguido fondos de la testamentaria de Octavio Paz controlada por su viuda y así podríamos costear la traducción y la impresión y además, el Fondo de Cultura Económica iba a lanzar en inglés una serie de obras literarias mexicanas hechas por escritores de renombre e iba a incluir el *Nuevo catecismo*. Así se despejó el camino y el libro se produjo. Orgullosamente lo lanzamos en 2007 ante la prensa nacional en la librería Rosario Castellanos del FCE.

Había innumerables influencias en los escritos de Monsiváis (por su vasta lectura y la diversidad de sus intereses). Habría que incluir Oscar Wilde, la *counter-culture* norteamericana y su efecto sobre la “Onda” mexicana, y según Linda Egan, los periodistas radicales (*New Journalism*) de los años 60 en los Estado Unidos como Tom Wolfe y Norman Mailer. Añadiría yo los ecos de Voltaire, Swift y el humor judío frente al desastre y la tragedia. Pero la influencia más decisiva, inmediata y concreta sobre la ironía y el sarcasmo corrosivos en sus escritos parece haber ejercido Salvador Novo, intelectual y prosista con la pluma más cáustica en México de la generación de intelectuales y artistas anterior a la de Monsiváis. Se podría aseverar sin temor a equivocarse que lo que dijo Monsiváis en su biografía de Salvador Novo se aplicaba a sí mismo: “reelabora el infierno social como paraíso escritural”. Toda esta gama de influencias escriturales además de las influencias intelectuales de sus amigos y su habilidad de absorber todas las manifestaciones de la cultura tanto popular como la “alta/sofisticada” (una distinción que Monsiváis nunca hubiera aceptado), se plasmaría abiertamente en el uso del lenguaje satírico y paródico en la legendaria columna “Por mi madre, bohemios”, escrita por el diario mexicano *La Jornada* en los años 80 y 90. El uso del lenguaje –su colusión con el poder, pero también el arma contra el mismo– es tanto objeto de estudio como medio predilecto para forjar respuestas creativas-subversivas a las clases dirigentes, pero la ironía era empleada con intenciones democratizantes y socialmente transformadoras. Monsiváis no buscaba desligarse existencialmente de los problemas del mundo (como la ironía clasista de Novo), sino más bien comprometerse con la redención de los grupos abyectos y marginalizados –*les misérables*.

Adolfo Castañón, paisano suyo, dijo que Monsiváis era el “último escritor público en México” debido a su reemplazable presencia ubicua en la vida cultural y política del país. Quién sabe. Pero una cosa es segura –no habrá otro Carlos Monsiváis. En su bello recuerdo escrito en 1996 de su amistad de más de 50 años con Monsiváis, Sergio Pitol afirmó:

Ha escrito, como sabemos, libros iluminadores que atestiguan al caos en todo su ritual, su fango, su grandeza, su miseria, sus horrores, sus excesos y sus formas de liberación. Son la crónica de un mundo loco y sonriente, alucinante y macabro. La cultura y la sociedad son sus dos grandes campos; la inteligencia, el

humor y la ira sus consejeros. Estoy convencido de que, contra viento y marea, el fermento actual en busca de la construcción de una “sociedad civil” se descende directamente de él.

A pesar de su consternación frente a los problemas de su país y su decepción con la clase política, en Monsiváis palpitaba un corazón alegre. Y era una persona que nunca perdió el contacto con su gente –ni con el barrio popular de su juventud (San Simón de la Colonia Portales, la casa materna que nunca abandonó), ni con sus amigos íntimos. Aunque raye en la cursilería, no le hubiera desagrado ser retratado con la letra de una canción interpretada por Juan Gabriel (fue admirador confeso de él):

Por eso aún estoy
en el lugar de siempre
en la misma ciudad
y con la misma gente.

Adiós Monsi.